

SOY ABUELA

Cuando acababa de cumplir veinte años, salí del hospital con un bultito que me dio el doctor y me dijo "aquí tienes a tu bebé, felicidades".

Yo contemplaba aterrorizada a mi bebé, pues no sabía qué iba a hacer con él, cómo lo iba a criar. ¿Por qué cuando tienes un hijo no te dan un librito de instrucciones de cómo manejarlo? A base de aciertos y errores con la maravillosa ayuda de mis padres, no sólo pude con él, sino con otros tres que le siguieron.

Mis hijos crecieron, llegaron a ser adultos responsables y un día mi hija se casó y al poco tiempo me informó que iba a tener un bebé.

En ese tiempo, hace dieciocho años, ellos vivían en Puerto Vallarta, unos días antes de que naciera el bebé, me fui a verlos. Ahí estuve, muy emocionada, le compré al niño su cuna, ropita y todo para que llegara a este mundo. Se llegó la hora y Ana se vio en problemas, pues no tuvo trabajo de parto. La programaron para cesárea y se quedó en el hospital. Al día siguiente, tras una espera de muchas horas, puesto que se había quedado desde la noche anterior, salió la enfermera con un bultito y dijo: "Familiares de Ana Li Gómez", por supuesto que ni le contestamos, pues mi hija se llama Ana Laura Aguirre. Después de dos o tres intentos de la enfermera por leer la escritura del médico, le atinó al nombre de mi hija y mi yerno y yo corrimos a ver al bebé.

¿Qué sentí al verlo? Es una dicha indescriptible, quisiera uno comérselo a besos, acunarlo, decirle cuánto lo amas. ¿Fue el mismo sentimiento de cuando me dieron a mi propio bebé? Pues no, cuando eres madre estás angustiada, no sabes qué va a pasar cómo lo vas a bañar, a darle de comer, a cambiarlo. Ahora unos cuantos años después, más madura y con más conocimientos y sobre todo saber que el niño no es tu responsabilidad, es una sensación diferente. Claro que lo amas, claro que lo vas a cuidar, claro que vas a procurar que siempre esté bien, pero la responsabilidad primera es de sus padres.

A Mauricio siempre le gustó el fútbol, a mí que no me gusta, a veces iba con su mamá y gozaba verlo jugar y echarle porras.

El día de las madres siempre me invitaba a la misa en su escuela y a ver el festival. Al verlo bailar o hacer alguna actividad, ya estaba pagada toda incomodidad que pude haber sentido por estar en el sol o con mucha gente.

Recordé que alguna vez me dijo mi padre – “se quiere más a los nietos, porque tú solo tienes que quererlos, disfrutarlos y malcriarlos, consentirlos. Sus padres que se ocupen de educarlos”.

Cuando se casó Paty, me dio dos niñas hermosas que me llenaron de felicidad, Andrea y Daniela. Andrea durante mucho tiempo, desde que estaba pequeñita, se quedaba a dormir conmigo los fines de semana. La disfruté muchísimo porque las dos hacíamos cosas en la casa, cenábamos juntas, veíamos la tele, y cuando tuvo la edad de preguntar “¿por qué?”, yo trataba de responder todas sus dudas. Creo que es la que se siente más apegada a mí por ese tiempo que convivimos. Ahora Andrea tiene quince años y ya sus intereses son otros, aunque sigue viniendo de vez en cuando a dormir conmigo.

Cuando nació Daniela, se repitió la fórmula y también venía a quedarse conmigo los fines de semana, pero Dany estaba más apegada a su mamá y no venía tan a menudo como Andrea; ya tiene trece años y sus intereses, como los de su hermana, son sus amigas y compañeras de la escuela.

Años después, se casó mi hijo el mayor, Alex, y ellos tuvieron un niño que nació con muchos problemas debido a que el doctor esperó a que hubiera dilatación y trabajo de parto, pero el niño ya estaba sufriendo. Le hicieron cesárea a mi nuera y tuvieron que poner al bebé en una incubadora con pulmón artificial y otros medicamentos. Estuvo una semana en Terapia Intensiva. Todo ese tiempo la angustia y el dolor que sentía con el miedo de perderlo, fue enorme. Gracias a Dios, el niño salió con bien del problema y al poco tiempo Edgar estaba en su casa. Cuando Edgar tenía como dos añitos, mi hijo y su familia se fueron a vivir a México. Como no venían con mucha frecuencia, no conviví mucho con ellos.

Por último mi hijo Andrés, después de siete años de matrimonio, me hizo saber que su mujer estaba embarazada. Claro que se casaron muy jóvenes y ella estaba estudiando, por eso no se habían apurado mucho. Pero cuando decidieron tener un bebé, pasó mucho tiempo y muchas tribulaciones para que Miriam se pudiera embarazar. Hace ya seis años nació mi nieta Laura Lilian, preciosa niña de ojos verdes como los de su mami.

A esta niña sí la he disfrutado, porque Andres y Miriam vienen a verme con más frecuencia. La niña habló desde muy pequeña y cuando venían me platicaba mucho. Tiene una imaginación muy viva y le gustaba contarme cuentos cuando

estaba más pequeña. Recuerdo un día que estábamos poniendo el árbol de Navidad y ella me estuvo ayudando a poner las esferas y los adornos. Después me senté y empezamos a jugar. Ella me decía lo que yo tenía que repetir, le gustan los cuentos de princesas. Cuando esto pasó, ella tendría como cuatro añitos.

Tres años después, nació Aimeé, hija de Andrés. Es una chiquita muy linda, igual a su padre de traviesa e inquieta. Los sábados viene a desayunar conmigo y le gusta que juguemos las dos, que me siente con ella en el suelo y que le dibuje cosas.

Mis nietos me han cambiado mucho, yo solía ser muy conservadora con mis hijos. Nadie podía desayunar si no se había bañado, vestido y peinado. (porque así fue mi papá con nosotros). Tenían que levantarse temprano, aprovechar el día para hacer algo de provecho.

Ahora, cuando vienen a dormir a mi casa, se levantan a la hora que se les da la gana, sólo se lavan la cara y las manos para desayunar (para hacerme el favor). Los jueves es el día que vienen todos a comer conmigo, y les hago lo que ellos me pidan, lo que más les gusta.

A veces soy un poco cómplice. Sobre todo de los grandes. Andrea me platica de sus galanes y me hace confidencias. Daniela es un poco más cerrada, siempre lo ha sido, pero a veces me platica.

Mauricio vivió conmigo poco más de un año cuando sus papás se separaron. Yo ya estaba jubilada, pero me levantaba muy temprano para despertarlo y hacerle algo de desayunar. Finalmente, por la cercanía de su escuela, se fue a vivir con su otra abuela. Pero cuando viene o cuando lo veo en casa de su mamá o en casa de mi otra hija, me abraza, me besa y me dice que me ama. ¿Qué mas puedo pedir?

Los días que vienen o que nos vemos, todos son tan cariñosos, me aman y los amo. La vida vale la pena sólo por saber que están bien, que los quiero y que me quieren.

Cada uno de ellos ha significado para mí una gran felicidad y aunque mi papá decía que no es nuestra obligación educarlos, siempre hay que contribuir con nuestros granitos de arena para que sean personas dignas y asimismo, ayudarlos en lo que esté en nuestras manos para que sean felices y responsables de sus actos.

En la actualidad, Mauricio cursa la prepa y es excelente jugador de futbol, Andrea está en segundo de secundaria, Dany está en sexto de primaria , Laura Lilian en tercero de kinder, Edgar en cuarto de primaria y Aimeé en la guardería.

El ser abuela de todos ellos es una bendición , las satisfacciones que te da uno o la otra, o la otra, son infinitas. También los apuros y las preocupaciones cuando se enferman. Sus papás piensan que uno es sabelotodo y todopoderosa, porque aún en las cosas más insignificantes, cuando se trata de salud, me llaman para preguntarme qué les doy, qué pueden hacer si les duele la panza, si se cayeron, si se lastimaron, si tienen granitos en la cara. Bueno, tal vez esa misma actitud la tenía yo con mis padres. Ahora yo soy la que sabe qué hacer, la que dice qué tomar para la tos, si es un problema más grande, pues a ver al médico o a llevarlas al hospital. Soy yo la que tiene una pomadita mágica que les quita el "duele", la que les da el jarabito para todo.

Hemos tenido de todo en estos años, pero lo más terrible fue hace cinco años, que mi hijo Alex y su esposa tuvieron un accidente horrible y los dos murieron. En el carro iba Edgar, que tenía cinco años , que milagrosamente, y por segunda vez, se salvó. Pero estuvo grave, muy grave en el hospital durante meses, por lesiones internas y fracturas. Dios nos dejó a Edgar para consolarnos de alguna manera de la muerte de mi hijo y su esposa.

Ahora Edgar vive con sus abuelos maternos, ya está curado físicamente, pero yo creo que nunca se le va a olvidar el accidente en el que murieron sus papás. Casi no lo veo, pero nos hablamos por teléfono y cuando lo veo le digo cuánto lo amo.

Dios ha sido muy generoso conmigo, adoro a mis nietos y quisiera tenerlos guardados en una caja de cristal para que no les pase nada, alimentarlos con mi amor y tenerles todos los cuidados. Desgraciadamente, eso es lo que uno quisiera, la realidad es que andan en el mundo y expuestos a todos los peligros como los demás adolescentes y niños . Solo me queda pedirle a Dios que los proteja y que no permita que nada malo les pase.

ABUELA PACHIS

Mayo 2008